Y sin embargo, cocinamos

Elsa Levy

Días después de recibir la invitación a participar en este número sobre el tema de la cocina, encendí la computadora y sentada frente al monitor absolutamente vacío, incité a mi mente a trabajar a marchas reforzadas por una taza de café cargado y calientito, y la obsesión de toparme con el punto de partida. Después de darle vueltas y revueltas a la cuestión, desesperarme por la lentitud de mi creatividad y hacer lagrimear mis ojos, que como insectos hipnotizados no se despegaban del brillo del monitor, de súbito, grité plagiando al animoso Arquímedes: "¡Eureka! ¡Eureka!" Al fin lo había encontrado.

Excitada, busqué entre mis libros de psicología, ese gruesote de pasta lila y letras naranjas que trata sobre estadísticas y técnicas de medición. Me fui directo al índice y en el apartado de letra E encontré mi punto de partida con la palabra: *Encuesta*. Así fue como volví a recordar los requisitos para que una muestra sea confiable: de acuerdo al universo de sujetos que yo había elegido necesitaba aplicar 3 000 encuestas. El número no me desanimó. De nueva cuenta recordé otra frase célebre de mi admirado Arquímedes y me dije: Dadme un argumento y escribiré un cuento —en este caso particular, un artículo—, y yo ya había encontrado uno. Así que elaboré la encuesta que a continuación presento y, mochila al hombro y calzando tenis por aquello de los calambres que me dan cuando camino en demasía, me lancé a las calles de Guadalajara a reunir la información entre damas de distintos niveles, tanto educativos como económicos.

Encuesta de la opinión femenina sobre la actividad de cocinar

Nombre / Edad / Estado civil / Profesión

a) ¿Prepara usted los alimentos en su hogar? Si la respuesta es **no** diga por qué.

b) ¿Cuántos años tiene usted cocinando?

c) ¿Cómo o quién la enseñó a cocinar?

d) ¿Le agrada cocinar?

e) ¿Qué sentimientos experimenta cuando está cocinando?

f) ¿Qué piensa cuando las personas para las que cocinó comen sus guisos?

g) ¿Qué opina sobre el rol de cocinera que se le ha asignado históricamente a la mujer?

Una vez concluida mi ardua labor me di a la faena de recopilar las respuestas, clasificándolas, sumándolas, sacando los porcentajes y, finalmente, redactando las conclusiones. Hélas aquí:

LOS NOMBRESfs20 , qué más dan, había desde Juanas, Benitas, Petras, hasta Zoraidas, Dulcineas e Itzeles.

LA EDAD que las entrevistadas dijeron tener fluctuó de los 18 a los 75 años. Desconoceremos siempre la verdad, pero la media resultó de 46 años y cinco meses, con lo cual soy testigo potencial de la exactitud de las estadísticas, porque conozco personalmente a un ejército de mujeres de cincuenta años en adelante (entre las que me encuentro yo) para las que el cocinar es el pan nuestro de todos sus días.

(Del arte culinario)

ESTADO CIVIL

- 40% casadas o en unión libre = Esclavas voluntarias
- 36% divorciadas o abandonadas = Esclavas en vacaciones
- 19% Viudas = Esclavas liberadas
- 3% Solteras mayores = Esclavas subestimadas

- 2% Solteras jóvenes = Prospectos de esclavas

PROFESIÓN

- 60% Amas de casa
- 16% Profesionistas
- 8% Oficinistas
- 6% Vendedoras
- 5% Obreras
- 4% Empleadas domésticas
- 1% Estudiantes

¿Prepara usted los alimentos en su hogar?

- 89% afirmativo
- 11% negativo, de las que el 10% son amas de casa privilegiadas y lo hace la cocinera, la cocina económica, o un marido "mandilón". Y el otro 1% son estudiantes, lo hace su mamá.

¿Cuántos años tiene usted cocinando?

En este apartado los años no fueron los significativos, sino las respuestas escritas:

- Todos
- Un chingo
- A partir de la devaluación
- Desde que me casé
- Un demonial
- Ninguno, odio cocinar

¿Cómo o quién la enseñó a cocinar?

- Mi mamá
- Con un libro
- A huevo
- Echando a perder
- La carga hace andar al burro
- Por necesidad
- Nunca, cocino muy mal
- Mi patrona

¿Le agrada cocinar?

- 85% negativo
- 15% afirmativo

¿Qué sentimiento experimenta cuando está cocinando?

Las respuestas más representativas fueron:

- Cansancio
- Me siento esclava de la rutina
- Miedo de que no guste lo que hago
- Alegría porque hay comida para mi familia
- Coraje, de que los hombres no lo hacen
- Me siento artista, estoy transformando algo
- Me excita cocinar para mis hombres

¿Qué piensa mientras las personas para las que cocinó comen sus guisos?

- Que ojalá y no les haga daño
- Tanto que me fregué para lo que agradecen
- Tan siquiera me dijeran que está buena
- Que sí les gustó, porque se acabaron todo
- Que cocino mejor que su mamá
- Que panza llena corazón contento, y lo que sigue mejor no lo cuento
- Que ellos laven los trastes

¿Qué opina sobre el rol de cocinera que se le ha asignado históricamente a la mujer?

- Qué chinga nos pusieron
- Creen que no podemos hacer otra cosa
- Tenían que ser hombres los que nos lo endilgaron
- Está bien, somos el sexo débil
- Siempre la mujer lleva las de perder
- No es justo, deberíamos de turnarnos la friega de la cocina con los hombres
- También hay hombres cocineros, pero a ellos se les paga, y en su propia casa no cocinan
- Está bien, el hombre sale a trabajar, la mujer se queda en la casa
- Antes sería lo mejor, pero ahora las mujeres también salimos a trabajar, al salón de belleza, al banco, a la jugada de póquer
- Deberían de inventar unas cápsulas que suplan a la comida, así no tendríamos que cocinar

o o o

Tenemos ya una muestra de los sentimientos femeninos ante el hecho consumado de la adjudicación —desde la aparición del ser humano sobre la Tierra— del rol de cocinera a la mujer. Fantaseemos un poco con la historia.

Trasladémonos a la prehistoria, el *Homo Erectus* se da cuenta de que con los dedos puede aferrar los objetos,

esto lo conduce a la edad de piedra, que fue cuando el hombre capta su habilidad para fabricar instrumentos punzo cortantes; los varones utilizaban estas armas para la cacería y la defensa personal, y de seguro a las mujeres les deben de haber fabricado sus cuchillos de cocina con mangos de hueso, para destazar animales, preparar la antediluviana cecina, o picar las hierbas, raíces y frutos silvestres con los que se alimentaban.

Ahí, en la Era Cuaternaria, se instituyó el rol femenino de cocinera, ya no se diga cuando apareció el fuego, y no lo dudo que por una coincidencia, o una curiosidad de la misma fémina, fue que se descubrió que la carne, o las raíces, puestas al fuego, obtenían un sabor agradable. Con toda certeza, los cazadores al regresar de sus incursiones ya encontraban un trozo de mamut, o de megaterio, dorándose a fuego manso. La única ventaja que tuvieron las mujeres de la prehistoria fue que no lavaban los trastes, porque después, con el descubrimiento de los metales, los hombres fabricaron vasijas y platos, y éstos sí los tenían que lavar.

El hombre siguió evolucionando, y de seguro la mujer experimentando con la preparación de los alimentos. Cuando el humano aprendió a escribir se iniciaron los tiempos históricos. No será imposible que un día los arqueólogos descubran cuevas llenas de recetas de cocina elaboradas en escritura cuneiforme, mismas que se transmitían de madres a hijas.

Vienen luego las culturas de oriente; los chinos, indios, egipcios, mesopotámicos, hebreos, fenicios y persas, en donde la mujer carecía de autoridad. Su lugar era subordinado y relegado al cuidado de los hijos y a cocinar para toda la familia. Si a consecuencia de las guerras había esclavos, a los hombres se les destinaba a los trabajos pesados y a las mujeres a la cocina. Pienso que en las únicas circunstancias en que una mujer no cocina para los hombres es durante las guerras (no en México, recordemos a las Adelitas), en los barcos (no de pasajeros) y en los conventos masculinos.

Así podemos seguir paso a paso la historia del hombre hasta la época actual, y encontraremos la constante del rol femenino de cocinera: poemas, novelas, cuentos, biografías, obras de teatro, pinturas, códices, películas, canciones, frases célebres, epitafios y sortilegios. No he olvidado una frase célebre escrita en la primera página del libro de recetas de mi abuelita, que por cierto en esa época yo tenía el orgullo de creer que era de ella, y luego me vine a enterar que la autora es Sarah Payson: "El camino al corazón del hombre es a través de su estómago".

Analizando las respuestas de la encuesta, me ha sorprendido el categórico 85% del no gusto por la cocina, y me ha llevado a pensar que las mujeres estamos pagando por el pecado de Eva. Adán y ella vivían en el Paraíso sin ningún desasosiego, felices en la contemplación de las bellezas que Dios había creado. Todo era tan perfecto que ¿cuándo hemos visto una estampa de nuestros primeros padres barriendo el Paraíso, cosechando vegetales o asando un borrego o un faisán para alimentarse? Lo único que nos consta es que por culpa de la desobediente Eva se comieron una manzana y fueron expulsados del Paraíso; entonces Adán necesitó ganarse el pan con el sudor de su frente, y Eva, toda remordimiento, le cocinaba lo que él conseguía. Así se gestó el karma universal del género femenino. Claro que esta teoría no es categórica, es sólo una de las tantas soluciones que mi imaginación le encuentra a preguntas sin respuestas. Tampoco nos pongamos melancólicas admitiendo que esto no tiene solución, sobre todo por la intromisión de la palabra karma, que en estos tiempos ha venido a colarse en nuestro vocabulario.

De nuevo me puse a instigar a mi mente para poder encontrar una clave que nos ayudara a vencer nuestro destino. Arquímedes, mi fiel protector, vino una vez más en mi ayuda. "Si no puedes con el enemigo, únete a él." ¡Claro que esta frase célebre no es suya!, pero él me la recitó al oído. Entonces, aquí está la respuesta: Si no puedes con la cocina, ¡enamórate de ella!

FE DE ERRATAS Lo de la encuesta es puro cuento. Además no uso tenis ni cargo mochila.◆